

nas; y así debo decir, que no es mucho que para asegurar la conversión de la infidelidad del Nuevo-Mundo (y esto sea dicho sin agravio de las demás religiones) por razones aun de mera congruencia, atendiendo á la analogía del instituto seráfico con el modo de vivir de los indios, las supremas cabezas de la Iglesia y de estos reinos, constituyesen por corifeo de esta santa importante expedición á un fraile menor, para zanjar más segura y oportunamente los fundamentos de la predicación evangélica en aquellas tierras tan disimulas de las del mundo viejo.

CAPITULO VII.

DESCRIPCION DE TODO LO QUE PASÓ EN EL SEGUNDO

VIAJE DEL ALMIRANTE COLON HASTA SU
VUELTA A ESPAÑA; DIFERENCIAS ENTRE EL PADRE
BOIL Y EL ALMIRANTE.

Conque volviendo al segundo viaje de Colon, habida la bula del Pontífice Alejandro VI, como se ha dicho, determinaron los Reyes despachar á este grande hombre otra vez para las Indias con mayor aparato de gente, con el fin de descubrir y poblar en aquellos remotísimos países: quedando todo arreglado y instruido el Almirante del particular orden que le intimaban sus Altezas, que los indios fuesen bien tratados, y con dádivas y buenas obras atraídos á nuestra santa fe, y que si los castellanos los tratasen mal, fuesen se-

veramente castigados; se despidió del Rey y de la Reina y del Príncipe de España, dejándole por pajes suyos á sus dos hijos, y fué á Sevilla adonde en virtud de las órdenes de sus Altezas, Juan Rodriguez de Fonseca, Dean de Sevilla (que despues fué presidente de Indias), le tenia aprestada la flota que debia mandar, y bien proveida de artillería, de municiones de guerra, y de boca, no tan solamente las precisas para el viaje, más aún para dejar en las colonias que juzgase conveniente establecer. Se embarcó tambien crecido número de caballos de Andalucia, herramienta de toda especie, y instrumentos propios para beneficiar minas y purificar el oro: mucha cantidad de mercaderías para trocar y rescatar, y regalar á quien le pareciese al Almirante: se hizo provision competente de semillas de varias plantas de España, como de trigo, cebada, arroz y semillas de todo género de legumbres, de vides y otros árboles que allá no habia, como tambien de animales así de carga como otros ganados, y varias cosas necesarias para la vida humana, que fueron de mucho costo para los Reyes, y con el particular cuidado de que no les faltase así á los que acompañaban al Almirante en tan heroicas hazañas, como á las nuevas gentes que se trataba de reducir por bien con la predicacion evangélica, y en fin, todo lo que pareció necesario para formar un nuevo es-

tablecimiento, y para poblar aquellas tierras, como oficiales de todas artes, hombres de trabajo y labradores. Más de mil y quinientos voluntarios, la mayor parte caballeros hidalgos, concurren á la fama del oro y de las otras cosas nuevas de aquellas tierras; y algunos, de nacimiento ilustre, quisieron hacer el viaje á su costa, pero fué necesario reformar el número de los pasajeros hasta que se viese en alguna manera cómo iban las cosas en aquellas partes, y porque no se podia acomodar á tanta gente como era la que queria embarcarse, no componiéndose la armada más que de diez y siete navíos (otros dicen diez y ocho) (*), entre grandes y pequeños, que no eran del mayor buque. Con todo, no se pudo estrechar tanto el número de la gente que no llegase como á mil y quinientas personas. La Reina costeó el viaje á la mayor parte de los pasajeros, y hizo el gasto de una gran cantidad de artesanos. Ninguna expedicion se hizo con más ardor de parte de los Reyes y de sus vasallos como ésta, pues todos, hasta lo grumetes, se prometian hacer una fortuna rápida en este viaje. Nombraron los Reyes por capitán general de la flota y de las Indias, por nueva cédula, al Almirante Colon, y para volver con ella á Antonio de Torres, her-

(*) Illescas.—Hist. Pontif., Lib. 6, vida de Pio III, pág. 132.—González, Ferdin. de Oviedo, Lib. 2, cap. 7, Crón. ind.

mano de la ama del Príncipe D. Juan, persona prudente y hábil para aquel cargo.

Como la intencion principal de los Reyes Católicos era la conversion de aquellas ciegas gentes, para cumplir lo que Su Santidad mandaba en su Bula acerca del cuidado que se debe tener en la conversion de los indios, buscaron en todos sus reinos tales personas como convenian, así eclesiásticos como seculares, para poblar tierras nuevas y cultivarlas santa y rectamente en lo espiritual y temporal, sobre todo religiosos de santa y aprobada vida: en especial fué escogido para eso el padre fray Bernardo Boil, catalan y fraile menor, como queda dicho y probado, al cual el mismo Santo Padre dió plenísimo poder para la administracion de la Iglesia y casos arduos ocurrentes en esas partes, como cabeza y prelado de los clérigos y religiosos, en número de doce, que iban en su compañía, todos sacerdotes virtuosos y doctos, para introducir el culto divino y la fe de Cristo nuestro Señor en los indios. Uno de los clérigos era (*) D. Bartolomé de las Casas ó Casaus, quien, despues fué religioso de Santo Domingo y obispo de Chiapa. Dieron á estos misioneros todo lo que necesitaban para el culto divino, ornamentos, vasos sagrados y

(*) Murillo.--Geografía histórica, lib. IX, cap. I, de la América.--Illescas y otros.

imágenes, que cuenta por menor en su Crónica de Indias Gonzalo Fernandez de Oviedo. Concluidos todos estos acertados preparativos, salió con esta segunda armada el Almirante Colon, de la bahia de Cadiz, el dia veinte y cinco de Septiembre del año de mil cuatrocientos noventa y tres, dirigiendo su rumbo al Sudueste, por las Islas Canarias, yendo con él Alonso de Ojeda y Juan Ponce de Leon, que se distinguieron tanto despues en los descubrimientos del Nuevo-Mundo.

Llegó el Almirante á la gran Canaria á once de Octubre, donde surgió, y á média noche dió la vuelta para ir á la Gomera, donde llegó el sábado quince de Octubre, y ordenó con gran preseteza que se tomase cuanto necesitaba la armada. Allí se compró gran porcion de terneras, cabras, carneros, lechones, y de todo género de aves para que se multiplicara la cria de aquellos animales en la Española, como ha sucedido á medida del deseo, multiplicándose con increíble aumento. El dia diez y siete de Octubre siguió su camino, tomando su rumbo más hácia el Sur que no en su antecedente navegacion; y habria andado como más de cuatrocientas leguas con próspero viento, cuando, por los chubascos que sobrevinieron, conoció el Almirante que estaba cerca de tierra, por lo cual mandó quitar algu-

nas velas y estar sobre aviso de noche. En efecto, luego al amanecer vió tierra toda la flota con gran regocijo; y por haber sido la primera que tocó despues de las Canarias, y por el deseo que tenían todos de ver tierra, la llamó *Deseada*. El domingo siguiente, tres de Noviembre, se avistó otra isla, á la cual, por la circunstancia del dia, puso el nombre de *Dominica*; y porque en la costa de Levante de aquella isla no se halló sitio conveniente donde dar fondo, atravesó la flota á otra isla, á la cual llamó *Marigalante* el Almirante, porque así se llamaba su navio, donde echó gente en tierra, y con escribano y testigos tomó posesion.

Otro dia se reconoció una cuarta isla, que se llamó la *Guadalupe*, por devocion de una imágen ó iglesia de este nombre, muy célebre en Cataluña. Envió el Almirante las lanchas á tierra, y no hallaron gente, porque se habian huido á los montes; solo reconocieron con admiracion en la playa una pieza ó madero de navio, que los marineros llamaban *codaste*, que pareció ser obra trabajada en la Europa; y en un pueblezuelo que parecia en la costa se encontraron algunos indios de ambos sexos, que los isleños luego que vieron la lancha abandonaron, y no habia mucho que los habian robado y saqueado los de la isla de Boriquen. Estos pobres indios rogaron á los espa-

ñoles que los llevasen á los navios, enseñándoles las tristes reliquias de sus compañeros, que los bárbaros se habian comido, asegurándoles que como los de aquella isla eran caribes inhumanos, les era inevitable semejante suerte.

Se les concedió la gracia que pedian, y de ellos se supo, que por allí cerca estaba la tierra firme, y muchas islas que nombraban á cada una por su nombre. Preguntóseles por la Española, que en lengua de ellos se llamaba *Haiti*, y señalaron la parte donde caía.

Los dias siguientes descubrió el Almirante, consecutivamente, muchas otras islas, á quienes dió nombre: estas fueron Monserrate, Antigua, San Martin, San Cristóbal, Santa Ursula y las Once Mil Vírgenes. Despues aportó á la isla de Boriquen, que llamó San Juan Bautista, á que se añadió la denominacion del Puerto-Rico, y seria porque Colon se detuvo allí algunos dias para hacer aguada, y entretanto la gente pescó diversas especies de pescados, y corriendo la playa encontró al Poniente muchas y buenas casas, aunque de paja y madera, que formaban una plaza, con una calle muy larga que tenia su salida hasta la mar, cuyas paredes eran de cañas cruzadas, con sus verduras y labores de diversas plantas: es cierto que es la isla amenísima y sus aguadas son regaladas, por la multitud de árbo-

les frondosos: tenia calles enteras de naranjos, frutas de la tierra como plátano, piñas, zapotes, guanabanas, chirimoyas, y por otras circunstancias apetecibles á los pobres navegantes, que no refiero por no dilatar más esta narracion.

Despues de haber descubierto el Almirante lo que llamamos las pequeñas Antillas, llegó el viérnes veinte y dos de Noviembre por la parte del Norte de la isla de Puerto-Rico ó Boriquen á la Española, y desembarcó en la bahía de Samaná, que habia llamado Puerto de la Plata: allí echó á tierra uno de los indios ya bautizados que llevaba consigo, para que refiriese á los indios las grandezas de Castilla y los indujese á la amistad de los cristianos; pero nunca más se supo de él despues, que desde luego se debió de morir. Pasó adelante á surgir á Monte-Cristo, y despachó la lancha á tierra, donde no se vió gente alguna, tan solamente se encontraron dos hombres muertos á la orilla del rio, que tenian al cuello unas sogas de esparto, los brazos extendidos y atadas las manos á un palo en forma de cruz; pero no se pudo distinguir si eran indios ó cristianos, de que se formó sospecha que los habian ahorcado, y se tuvo á mal agüero. Con esta noticia envió el Almirante más gente por diversas partes para saber de los castellanos que habia dejado en la villa de Navidad, y estando

ya la flota anclada á la entrada de Puerto Real, más abajo del paraje donde se habia hecho la fortaleza, llegó una canoa con dos indios, que preguntaron por el Almirante, pero no quisieron entrar hasta ver y conocer al Almirante, que se vió precisado á salir á hablarles; y entónces, sin temor alguno, le saludaron los indios de parte del Rey Guacanacarico, diciendo: que se le encomendaba mucho, y en su nombre le presentaron un regalo de máscaras en oro, muy competente. Preguntádoles el Almirante por los cristianos que habia dejado con ellos, dijeron que algunos habian muerto de enfermedad, y que otros habian ido tierradentro con sus mujeres. Bien coligió el Almirante que todos, ó la mayor parte, eran muertos; no obstante, hubo de disimular, y volvió á enviar á los indios con un presente de varios dijes y costillas de laton para su amo Guacanacarico, y el dia veinte y ocho de Noviembre entró con su armada en el puerto que está adelante de la Villa de la Navidad, la halló toda quemada, siendo el primer espectáculo que se ofreció á la vista de los castellanos ver las ruinas de la fortaleza, sin que aquel dia viesen por todo aquel contorno persona alguna. Salió el Almirante á tierra, y tuvo la mayor pena de no hallar á quién preguntar, y de ver el estado de la fortaleza y de las cosas de

los cristianos. Cerca de ella se hallaron unos cuantos cuerpos muertos, recién enterrados, y más adelante otros, y conocieron eran cristianos en algunos vestidos, y parecía que no había más de un mes que habían sido muertos.

Mientras deliberaba el Almirante sobre el partido que debía tomar en una coyuntura tan triste y delicada, vino á hablarle un hermano del Rey de Marien, acompañado de algunos indios, los cuales ya sabían decir algunas palabras españolas, y manifestando en la tristeza de su semblante su pena, le dijo: « Os causará admiración
« sin duda, señor, el ver el estado tan deplorable de vuestra fortaleza y guarnición, y quizás
« habréis sospechado ya alguna traición de parte de mi hermano; pero escuchadme un rato,
« y confesaréis entónces que mi hermano Guacanacarico ha sido en vuestra ausencia vuestro
« más fiel amigo, pero sí el más desgraciado de los hombres. Apenas partisteis, señor, que
« los vuestros comenzaron á estar disconformes entre sí: todos querían mandar, y ninguno
« obedecer á su superior; cada cual iba por donde le parecía, y donde dirigía sus pasos no era
« más que para ejecutar violencias con nosotros;
« robaban insolentemente las mujeres y todo el oro que podían, y cometían otros graves desórdenes. Mientras no se extendieron sus veja-

« ciones más que sobre los vasallos de mi hermano, no tenían ciertamente que temer, porque
« que no pensábamos sino en huir de su encuentro, con la esperanza que habías de volver pronto para hacer cesar tanto desorden; pero luego
« que se metieron por las tierras de otros caciques, no fueron recibidos con igual miramien-
« to, y á cuantos pudieron coger apartados, á tantos mataron, sin darles cuartel alguno. Algunos penetraron hasta las minas de Cibao,
« que caen en los Estados del cacique Caunabo, el cual, después de haberles hecho dar muerte,
« vino á poner sitio á la fortaleza con mucha gente, donde no había más que diez personas
« con el comandante Don Diego de Arana, que perseveraron con él y se defendieron con mucho valor; pero una noche llegó Caunabo á
« poner fuego á las casas y á la fortaleza, y no fué posible apagarlo. Los cristianos sitiados
« huyeron temerosos al mar, donde se ahogaron, y los demás se habían esparcido por la isla. Mi hermano Guacanacarico salió con diligencia á pelear con Caunabo para defender á
« los cristianos sus amigos y aliados; y ya que no los pudo libertar, quiso vengarlos: vinieron
« á las manos ambos caciques; venció á Caunabo, mas quedó herido, y cediendo á la fuerza
« hubo de retirarse, y todavía no está sano de

« sus heridas. Este es el único motivo que le ha
 « impedido el venir en persona á manifestaros el
 « sentimiento que le ha causado la desgracia su-
 « cedida á los de vuestra nacion. »

Aunque este discurso del hermano del Rey de Marien estaba concorde con la relacion que algunos cristianos enviados por el Almirante para informarse del hecho habian traído de que habiendo llegado al pueblo principal de Guacanacarico, le vieron malo de las heridas, con que se excusó de no poder ir á visitar al Almirante, no quedó enteramente persuadido el Almirante: no faltaron muchos del ejército, y el principal fué el padre Boil, que aconsejaron que se prendiese á Guacanacarico porque habian quedado encomendados á él los cristianos, hasta que diese mejor disculpa y se descargase mejor de la muerte de los españoles; y en verdad que se podia sospechar que él mismo habia hecho el daño que achacaba á Caunabo: muchos lo han creído así por indicios no muy convincentes que podian provenir tanto de parte de la timidez natural de esos pueblos, como del testimonio de una conciencia culpable. Dice Pedro Mártir de Anglería, autor fácil en dar crédito á los primeros rumores populares, como lo han observado juiciosos criticos, que fué el Rey de Marien ciertamente convencido de haber sido él quien mandó matar á los

castellanos; que su herida fué fingida, y que el Almirante se disponia á tomar una justísima venganza de su perfidia. Pero otros historiadores, más clásicos y mejor instruidos, lo hacen inocente, y, como se verá en la serie de esta historia, la conducta de Guacanacarico (siempre tan afecto á los españoles) abona sobradamente su sinceridad y inocencia en este caso de que se trata. Lo cierto es que el Almirante tomó el más sabio partido, dejando á un lado su desconfianza y no admitiendo los consejos violentos que le daban. « No resucitarémos los muertos, les de-
 « cia; no conviene entrar en la tierra castigando;
 « y pues no podemos establecernos en ella sin el
 « consentimiento de su dueño, ¿por qué con una
 « guerra, que se puede excusar, nos hemos de ex-
 « poner á sus contingencias? Bueno será prime-
 « ro asegurarnos, fortificarnos y poblar, vivien-
 « do sobre la desconfianza, y con el tiempo ir
 « averiguando el caso; y si se hallase culpable el
 « cacique, no se nos escapará sin llevar el mere-
 « cido castigo. »

No quiso Colon dar aún á conocer que sospechaba de la fidelidad del Rey de Marien, quiso cultivar su amistad; y como le habia enviado á rogar por los cristianos que fuese á visitarle, pues que se hallaba tan malo que no podia salir de casa, luego el Almirante le fué á hacer la

visita, y el cacique le contó con señales de gran sentimiento lo que habia sucedido, como se ha expresado. Despues de haber hablado un rato, regaló este Príncipe al Almirante ocho ceñidores de cuentecillas de unas piedrecitas de distintos colores, muy estimadas de aquellos isleños, que llamaban cibas, tres calabacillas llenas de granos y polvo de oro, una corona de oro y más de cien tejillos de oro; y el Almirante, en retorno, le dió muchas cosillas de quincallería, que fueron más estimadas del cacique que todo el oro de las minas de Cibao. No obstante que estaba gravemente enfermo, quiso ver la armada, y lo que más le gustaba eran los caballos, y para complacerle Colon, hizo picar algunos en su presencia.

Considerándose el Almirante seguro de aquel Príncipe, y teniendo ya bien confirmada su lealtad, trató de formar un establecimiento sólido para precaver estos y otros daños de la naturaleza del referido, y para reparo de lo que adelante se ofreciese. Bien hubiera deseado fundar en el reino de su amigo Guacanacario; pero no hallaba que la provincia del Marien fuese á propósito, por ser tierra baja, y como se ensanchaban las aguas la volvian malsana; y á más de esto, no habia piedras ni materiales para edificar: fuera de eso, queria acercarse á las minas de Cibao. Resolvió, pues, que lo mejor era adelantar-

se hacía el Leste, y el dia siete de Diciembre salió de Puerto Real con toda su armada, con el intento de surgir en Puerto de Plata, cuyo país le habia parecido hermoso y fértil, y buscar allí buen asiento para poblar. Pero fuéronle tan contrarios los vientos, que se vió en gran trabajo; de tal suerte, que hubiera perecido en la costa, á no haber aparecido como á dos leguas del Leste de Monte-Cristo, un rio grande que sale á la mar, donde entró. Tiene este rio como cien pasos de ancho, y forma un buen puerto, aunque descubierto por el Norueste: domina el puerto una cordillera de montes, y desde la cima se descubre una vega muy graciosa. Hizo el Almirante reconocer el país, y le aseguraron que sus tierras eran muy buenas, y podrian ser más fértiles sangrando el rio, que se podia sacar por acequias que pasasen dentro de la poblacion, y para hacer molinos, y conseguir otras comodidades para edificar; que se encontraban en cualquiera parte piedras buenas para fabricar, y otras de cal para hacer mezcla. En vista de estos buenos informes, determinó el Almirante poblar allí: mandó desembarcar la gente, que venia bien cansada, y trazó el plan de la ciudad que queria fabricar sobre una plataforma bastantemente ancha, situada y rodeada de montes. Y como cada cual metia mano á la obra, bien presto tuvo la colonia en que alo-